

Universidad Tecnológica de El Salvador

Reflexiones sobre la tristeza

No debes decirme que no ... Esa es la angustia, la pena, la desesperación, el dolor ...

Pero, ¿ Por qué se canta a la tristeza ? ¿ Y con tanta belleza ? ¿ Tanto se dice de ella, en medio del amor y de la vida, cuando no sería mejor ocultarla y vivirla internamente, secretamente?

Como de la tristeza ha hablado la filosofía

La Tristeza como manifestación negativa de las estructuras de la realidad humana. Hegel y la Fenomenología del Espíritu. Bien puede decirse que la tristeza es parte de las estructuras de la realidad humana que le permiten al hombre llegar al conocimiento de la totalidad de su ser, de la realidad; pero también es cierto que no participa de las actitudes existenciales aquéllas a las que Hegel alude en la Fenomenología del Espíritu como predominantes de una época, y particularmente las del estoicismo, del escepticismo y de la conciencia desventurada, las que, como dice el autor, es preciso superar.

Hegel, en la obra citada, define la Fenomenología como la evolución de una conciencia en particular, desde que tiene conocimiento sensible hasta que llega a poseionarse de sí misma, y expone que las etapas de dicha evolución son, linealmente, el estoicismo, el escepticismo, la conciencia

desventurada, la conciencia de la razón, y finalmente el Espíritu, que no es otra cosa que el hombre.

Pero la tristeza no resulta de la evolución de dichas etapas por otras, sino más bien se manifiesta ya desde un primer momento como síntesis objetivada de contenidos, o si se quiere, como la forma más acabada de la manifestación de los mismos. Más bien es un rechazo a la tentativa de evasión de la realidad por medio del pensamiento intentada en la conciencia estoica, que se desliza sin meditar para reivindicar y realizar la realidad abandonando el refugio interior con el que pretendía ignorarse. Mientras la conciencia estoica lucha por subjetivar su libertad, la tristeza la objetiva y la devela, sin darse cuenta.

La tristeza es, entonces, la manifestación objetiva de la alienación del hombre en el miedo y la esclavitud, realizada de manera inconsciente. Es la búsqueda, que se sabe anticipadamente frustrada, de la libertad real de la conciencia, no del individuo ni de la persona, como superación de la ilusión subjetiva de la libertad que llega por la conciencia estoica, en la cual es libre el pensamiento pero no la naturaleza misma de la persona humana.

La tristeza se manifiesta, se expresa, silenciosamente, así, sin más, llega y habla de una manera inconsciente del reconocimiento y la aceptación de ese miedo y esa esclavitud, y de la incapacidad de superarlos por el solo refugio en el



La Tristeza como Negación del Ser. Heidegger y el Reclamo.
El gran asunto de Heidegger es su reclamo por el ser, y su gran intento es tratar de construir una ontología del ser. En Heidegger, el hombre se ve en una perspectiva de situación ante la posibilidad de ser. La existencia auténtica, la ek-sistencia, se devela en el ser, y no de otro modo.

¿Es, entonces, ontológicamente hablando, el hombre invadido por la tristeza? Probablemente la respuesta de Heidegger sea no. El hombre en la tristeza, para él, no es ser. No es ser porque no puede superar su condición de esclavo, su miedo, está así, condenado a una condición perenne de sumisión, alienado, y al no poder superarse, no puede trascender, porque la trascendencia es superación, sobrepasar lo que se es en un momento dado. Al no trascender así, el hombre no ek-siste, dado que ek-sistir es no sólo estar en-sí sino fuera-de-sí, entregado, expuesto al ser. Al no ek-sistir, el hombre no es susceptible de revelar al ser.

El hombre, así, simplemente existe, y al así hacerlo, se reduce a ente, se entifica, no es Dasein, porque el modo de ser del Dasein es la ek-sistencia. El carácter de ser-en-el-mundo le es extraño porque en su tal condición, le es indiferente determinar el tiempo y el espacio al que pertenece. Es, pues, un estado de aislamiento total, de una incontinuidad y de una falta de conectividad sofocantes, mortales, una como ausencia pura de coek-sistencia, de proximidad.

La tristeza, pues, ni siquiera permite al hombre darse cuenta de su condición de estar-arrojado-ahí como sentimiento propio de la estructura misma del ser perteneciente a la ek-sistencia en su realidad ontológica. Si bien expresa ella ese sentimiento de abandono y de soledad, no reconoce su condición de derelicción que le daría la oportunidad de poder-ser. La tristeza es la manifestación más completa del abandono y de la sumisión, de la más dolorosa aceptación de la esclavitud y del miedo; es algo cerrado, final, definitivo. No hay con ella en el hombre, proyecto; es, como expone Heidegger al definir los modos de ser de la existencia inauténtica, charlatanería, curiosidad y equívoco.

Hace falta poca atención para identificar estos signos en nuestra gente y en la de otras sociedades que, creyéndose desarrolladas y libres, en el fondo son presas de la más cruel de las esclavitudes y de las opresiones, incapaces de distinguir entre lo auténtico y lo inauténtico debido a su inconsistencia y superficialidad. Es, así, decadencia, manera-de-no-ser-yo, enajenación, pérdida total de posibilidades, en una palabra, deyección, ser-eyectado sin haberlo ello libremente elegido, privación de sentido.

El hombre triste no es otra cosa que ser-arrojado-en-el-mundo-sin-posibilidad, un Dasein-sin-posibilidad, un, como

dice Heidegger, ser anticipante que está ya eyectado y abandonado en un mundo donde él está perdido, pero al cual, agregaría yo, se le negará toda posibilidad de rescate, o, lo que es lo mismo, un ser-ausente-de-cuidado, un ser-para-la muerte, siendo la muerte, la misma nada del Dasein, pero agregándole, sin posibilidad.

Esta es la gran diferencia: Heidegger sostiene la posibilidad de que el hombre, como ser-arrojado-en-el-mundo, como derelicción, como deyección, mantenga su esencia, pueda, al final, ser-proyecto, se rescate y transforme su mera existencia en ek-sistencia, es decir, realice su existencia auténtica. Pero el hombre en la tristeza, por el contrario, no tiene esa posibilidad, y su condición de deyección, de ser-arrojado-ahí, de ser-para-la-muerte, es final, definitiva, total.

El hombre-en-la-tristeza es, pues, ausencia de posibilidad, y la inautenticidad en él no es amenaza sino decisión, definición, acto. En él, vivir para la muerte como posibilidad de ek-sistir es ilusión, no es angustia ni compromiso, es aceptación de su no-posibilidad, no es presente sino presente y futuro, pura rutina, perderse constantemente en el aquí y ahora que nada le resuelve, es miedo, no angustia.

Por eso, el hombre-en-la-tristeza es, si la respuesta viniera de Heidegger, no-ser.

La Tristeza como una de las Situaciones Límites. Karl Jaspers. Es importante en Jaspers su posición en cuanto a que entre la realidad existencial y el pensamiento hay siempre una distancia imposible de salvar. La existencia es lo que yo soy y no lo que yo sé de ella; y lo que yo soy siempre es más de lo que yo sé, dice el filósofo alemán, y como todos los filósofos existencialistas, afirma entonces que en la existencia cabe la posibilidad, con lo cual se niega ella en el hombre en la tristeza.

Para Jaspers, la existencia es un poder-ser, una elección de posibilidades, y en su elección, o avanza hacia su ser o retrocede hacia la nada. La existencia es, así, posible, lo cual no lo es en el hombre en la tristeza, pues en él, la única decisión posible es permanecer en la nada. Jaspers busca resolver el problema de la existencia en su concepto de filosofía. El filosofar se orienta al esclarecimiento de la existencia, dice.

Pero Jaspers introduce una importantísima categoría, la de las situaciones límites, dentro de la cual sí pudiera haber la tristeza. Encontrarse en una situación límite es forzar al hombre a enfrentarse con los límites de su poder, con lo cual se revela lo negativo de lo que el hombre es. Encontrarse en una situación límite significa no-poder-no: No-poder-

Identificando la tristeza en el relato

Los tristes más tristes del mundo, mis compatriotas. Esto de la tristeza no pareciera nuevo para nosotros. Ya lo anunciaba nuestro poeta, Roque Dalton, hace más de un cuarto de siglo. Seguimos siendo los podridos en las cárceles, los ladrones hambrientos, los siempre resentidos, los que lloran borrachos, cuchilleros, eternos indocumentados. Y no sólo eso. También lo que señalaba Salarrué en su carta en enero de 1932, presintiendo el episodio doloroso que habría de llegar: Triste el cafetalero pedante que habla del mercado mientras husmea costales, y el azucarero cuentapisto que nunca ha oído el susurro de los cañaverales, y los que hablan de patrias y de constituciones, agobiados más por el ansia del poder y del tener hasta la médula de sus conciencias.

Pero es que ahora hay algo más. Lo he sentido desde mi ventana al ver tras el cristal, mi perro al lado. Es un desfile interminable de rostros y figuras, que avanzan, unos rápido, otros muy lentamente como si no quisieran avanzar. La mayoría expresan graves signos de preocupación. Es como un haz humano sumido en su meditación existencial. Son puros individuos, puros y repetidos, torcidas interioridades. Se abren en abanico, suben bajan, en silencio. Son tantos, y a pesar de ello veo siempre el mismo phylum repetido, la pura reduplicación. Son siempre el mismo aunque no son los mismos.

Veo a mi perro, a sólo un par de metros del punto de mi reflexión. Hace algunos minutos tomó sus alimentos. Hace siempre lo mismo. Se acerca entonces, me mira y me aproxima al rostro su largo hocico café-vino, gira a mi alrededor un par de veces, agita el rabo, se aleja un poco y se hecha sobre el piso de ladrillos helados, se enrosca entonces y se queda en su santa mansedumbre. Lucha por mantener abiertos ambos ojos, y allí se deja estar, más mudo que el silencio. De vez en cuando vuelve a verme. Nada más.

Siguen pasando. Van como apretándose. Tengo la percepción de que caminan haciendo cuentas. Han de sumar, restar, multiplicar y dividir. No son siempre los mismos pero son siempre el mismo. Frecuentemente se asoman a los rostros muecas indiscifrables como que si expresaran dolorosas ansiedades. Trato de analizarlos, de fraccionarlos, después los sintetizo y me resultan homogéneos, como infinitamente divisibles, manteniendo la misma densidad en todas partes. Son isotrópicos en sus propiedades, casi sustancias puras, meros símbolos. Bajan, suben, avanzan, se detienen, observan, se interrogan, no hablan; agitan sus cabezas en un afán de mantenerse consistentes. Van, vienen, vuelven, regresan. Siempre pensando, haciendo cuentas en su desesperada existencialidad de arrojados-abí, de pasiones inútiles.



